

LA LITERATURA SOVIÉTICA NO RUSA

HACE POCO, LOS periódicos estadounidenses nos hicieron saber que el nuevo embajador de Estados Unidos en Moscú, Jack Matlock, eslavista profesional, tiene por pasatiempo favorito la lectura de poesía bielorrusa. Se trata, sin lugar a dudas, de una de las aficiones más singulares del mundo, así sea sólo porque hoy en día la poesía bielorrusa virtualmente no existe. La culpa, no hay ni que decirlo, no es de los bielorrusos. La cultura bielorrusa moderna empezó a desarrollarse a principios del siglo XX, y en tiempos de Stalin fue decapitada más de una vez. Los bielorrusos tenían dos poetas señalados, Yanka Kupala y Yakub Kolas, comparables a los poetas rusos de la llamada escuela campesina. Después de la revolución, ambos fueron sometidos a duros procesos —por decir lo menos— y su producción poética en la era estaliniana fue de calidad desdeñable. Hubo además un poeta que eligió para sí un seudónimo bastante alarmante, Maxim Tank (Maxim era una marca de ametralladoras especialmente conocida durante la guerra civil rusa). Luego, la cultura y lenguaje de Bielorrusia quedaron casi extinguidos. Por fortuna, hoy se aprecian en Bielorrusia ciertos movimientos prometedores. Vasil Bykov, quien escribe tercamente en su lengua natal, es un cronista aceptable de la segunda guerra mundial; en sus novelas trasmite el horror y los estragos de la guerra moderna de modo casi tan impresionante como Norman Mailer lo hizo en sus primeras obras. Habría que esperar también que reviviera la poesía bielorrusa, pero, hasta donde estoy enterado, esto aún no ha ocurrido.

Éste no es sino un ejemplo del destino de una literatura no rusa en la URSS; uno de los ejemplos menos felices, hay que reconocerlo. Pero tampoco el destino de la literatura ucraniana fue envidiable. Los ucranios forman una gran nación, comparable en números a los franceses o los italianos. No obstante, su literatura permanece en nivel regional, comparable, pongamos por caso, a las literaturas catalana o provenzal de hoy (el famoso bardo ucraniano del siglo pasado Taras Shevchenko corresponde, en cierta medida, a Frédéric Mistral). La cultura ucraniana alcanzó su apogeo en los años veinte. Los historiadores distinguen este periodo, de modo bastante triste, como "renacimiento ejecutado". No fueron ejecutados todos, pero los que sobrevivieron exhibían un lamentable espectáculo: simbolistas y neoclásicos se convirtieron, casi de la noche a la mañana, en poetas estalinistas de la peor especie. El posterior renacimiento de los años sesenta, considerablemente más débil, fue tratado de manera parecida. Vasil Stus, poeta no conformista de primera línea, murió en un campo penal, no hace aún tanto. Muchos de sus colegas de otro tiempo aceptaron las directivas oficiales. Uno de ellos, Vitaly Korotich, edita ahora una revista popular rusa, *Ogonyok* (una especie de *Selecciones* soviético). Dicho sea de paso, hay que reconocer que *Ogonyok* recientemente se tornó uno de los portavoces de la campaña de *glasnost*.

TOMAS VENCLOVA

Traducción del inglés de Juan Almela

Los expertos occidentales —por no decir nada del público en general— pocas veces, si es que alguna, aprecian en su verdadera medida la diversidad que hay en la Unión Soviética. Pese a la unificación llevada adelante por medios diversos aunque siempre rudos, la URSS sigue exhibiendo una mezcla de lenguas, tradiciones étnicas y aspiraciones que no tiene paralelo en el mundo entero. Está lejos de ser "una Rusia". Aparte de los rusos propiamente dichos, hay más de 150 grupos étnicos y nacionalidades, de origen indoeuropeo, finougrio, turco, caucásico, paleoasiático y otros. Hoy por hoy probablemente comprenden más de la mitad de la población del país. Hay asimismo todas las creencias imaginables, desde católicos hasta budistas y animistas. Por debajo de la tediosa superficie de la sociedad soviética se desarrollan tensiones extremas. Tal como lo ha señalado Alexandr Ginzburg, disidente ruso, cada uno de estos grupos desdeña decididamente a todos los demás. Hay excepciones, por supuesto (a los lituanos de ordinario les simpatizan los estonios), pero no son demasiado numerosas. Todo el mundo está enterado del antisemitismo soviético. Conviene en que el antisemitismo posee una dimensión metafísica especial, según se demostró, más allá de toda duda, en la experiencia del Holocausto. Pero, por otro lado, el antisemitismo no pasa de ser uno de los muchos "antis" que hay en la Unión Soviética. Y, por supuesto, hay un intenso sentimiento antirruso entre las minorías, no tan distinto del sentimiento antinorteamericano de América Latina o partes de Europa. Dan ganas de llamar "Cuarto Mundo" a esa masa singular de minorías soviéticas. A ojos occidentales, sigue tratándose de una vasta colección de "ningunapartes". Por usar palabras de Milan Kundera, la mayoría de esos pueblos son tenidos por tribus semiextintas, mantenidas por siempre fuera del acceso a los visitantes. Con todo, muchas están vivas y colgando, y creo que en el futuro previsible resaltarán no menos importantes que las naciones del Tercer Mundo.

Hace mucho que se declaró que la cuestión de las nacionalidades había quedado resuelta en la URSS. Stalin contribuyó espléndidamente a ello diseminando los grupos étnicos, barriendo con generaciones enteras y sometiendo algunas nacionalidades a deportación y virtual destrucción. Sólo que la Unión Soviética jamás se convirtió en crisol (en todo caso, su capacidad de fusión es incomparablemente menor que la de Estados Unidos). El colonialismo y la nivelación por la fuerza generaron siempre una respuesta igualmente rigurosa: la experiencia ucraniana y aun la bielorrusa, por no decir nada de grupos más afortunados, lo demuestran a la perfección. Ahora bien, en el periodo de la *glasnost*

parece reinar un acuerdo tácito — y no siempre tácito— de que la cuestión de las nacionalidades está lejos de hallarse resuelto. El nacionalismo sigue siendo un factor extremadamente importante de la vida soviética y cualquier grado de democratización no puede dejar de fomentarlo. Por otra parte, pudiera suponerse que la prosperidad estimularía la rusificación y fusión de las nacionalidades soviéticas. Pero quienquiera haya vivido en la Unión Soviética sabe que allí la prosperidad es una especie de horizonte: se acerca uno a él continuamente pero siempre escapa.

Puede decirse que ninguna de las literaturas soviéticas minoritarias ha traspuesto las fronteras nacionales o, en todo caso, las fronteras del imperio soviético. Afanarse en cualquiera de ellas equivale a ejercitarse en el no existir. Dan ganas de establecer una especie de ley matemática, muy deprimente: si una nacionalidad es, digamos, diez veces más numerosa que otra, su cultura y literatura tenderán a ser cien veces más complicadas, poderosas e influyentes; es decir, habría que elevar al cuadrado la razón numérica. Este triste estado de cosas es reforzado por difíciles lenguas e impresionantes alfabetos. Además, buena parte de estas literaturas —al igual, ni más ni menos, que gran parte de la literatura rusa— resulta sencillamente pasada de moda, sin interés, con poca o ninguna relación con problemas modernos. Por citar al difunto Carl Proffer, tal literatura recuerda a menudo el fútbol jugado por inválidos: ni sus campeones pueden competir con jugadores normales corrientes. Para la madurez, la literatura necesita un clima especial que es el don de varios siglos de desenvolvimiento ininterrumpido, lo cual jamás le fue concedido a la mayoría de las literaturas étnicas soviéticas. Sin embargo, no quisiera afirmar que el cuadro sea totalmente sombrío. Hay por supuesto algunas figuras literarias, y aun literaturas, enteramente falsas (incluyendo, dicho sea de paso, la literatura en yidish después de 1948, cuando Stalin liquidó a su élite). Pero algunas repúblicas soviéticas siguen arreglándose para conservar un microclima cultural distinto. Las literaturas de los estados bálticos —lituana, letona y estonia— están relativamente maduras. Estos estados, no ocupados por los soviéticos hasta 1940, nunca han perdido su orientación occidental. Encajan a la perfección en el concepto, hoy tan de moda, de la unidad centroeuropea. Sus literaturas pasaron por todas las etapas del desenvolvimiento literario europeo, desde el barroco hasta el clasicismo y de ahí a la vanguardia; el hecho de que estilos y tendencias tendieran ahí a traslaparse, contribuyó justamente a su originalidad. Todavía hoy se empeñan en mantenerse al corriente de las tendencias mundiales más nuevas, y no sin cierto éxito: hay escritores bálticos en la tradición de Kafka, Borges y Mrozek, y poetas bálticos en la tradición de Milosz, Herbert y Brodski. Por lo demás, los bálticos tienen literaturas vitales en la diáspora por Occidente. Los georgianos y armenios gozan de magníficas tradiciones que se remontan al principio mismo de la Edad Media, las cuales jamás se han extinguido del todo. Se dice que la poesía georgiana puede compararse con cualquier otra, y Boris Pasternak, no sin razón, tenía a los georgianos Paolo Yashvili y Titsian Tabidze por sus iguales en oficio poético (Yashvili se suicidó en 1937 y Tabidze fue ejecutado: según un di-

fundido rumor, le apretaron el cráneo con un anillo de hierro hasta partirle los huesos). Las literaturas asiáticas se fundaban en un ilustre legado oriental, sobre todo árabe y persa. Por desgracia, en los años treinta hubo una total ruptura con él, simbolizada y fomentada por el tránsito de la escritura árabe al alfabeto cirílico, impuesto despiadadamente por las autoridades soviéticas. Incluso los menores grupos étnicos de la URSS suelen poseer un vasto tesoro de mitos y folklore, la mayoría de las veces increíblemente complicado y extraño. Debe recordarse que prominentes poetas rusos no conformistas —por ejemplo Arseni Tarkovski y Semion Lipkin— consiguieron sobrevivir durante los tiempos de Stalin traduciendo y editando dicho folklore. Hay asimismo que recordar que los máximos escritores rusos, de Pushkin en adelante, se interesaron profundamente en las culturas no rusas de su imperio. En ocasiones encontraron una segunda patria espiritual en sus periferias distantes. Georgia fue una patria así para Pasternak, el Asia Central para Jlebnikov y después Ajmatova; Lituania para Brodski.

Por raro que suene, la Unión Soviética es el país más poético del mundo. La poesía, y el arte en general, comienza con la metáfora y la elipsis. Y en la Unión Soviética todo el mundo ha aprendido a reaccionar a metáforas y elipsis, a ser veloz en la captación. Tal era la única respuesta adecuada y humana al mundo increíblemente inhumano creado por Stalin y sus herederos. Probablemente los escritores de las minorías son aún más hábiles en este noble arte que los propios rusos.

Muchos críticos han advertido que la literatura asume en el Oriente una porción de funciones no estéticas. Aunque se limite a sí misma y practique el lenguaje esópico, tiene que vérselas no obstante con cuestiones que en otras culturas son relegadas al dominio de la política, la sociología o la religión. Enumeraré varias de estas cuestiones. Las nacionalidades no rusas, al igual que los rusos mismos, experimentaron o están experimentando la transición de la sociedad tradicional a la tecnológica. Habría que añadir que se trató de una transición brutal, que derrochaba todos los recursos imaginables, los humanos antes que todos; por lo demás, la sociedad tecnológica creada como resultado de aquel empuje está seguramente condenada a no pasar de ser de segundo orden, si no es que de tercero. Las nacionalidades no rusas, así como los rusos, han experimentado la coerción totalitaria, el mando arbitrario y la falta de respeto elemental hacia el individuo durante largas décadas. Hay un problema suplementario: la existencia de pequeñas lenguas y nacionalidades no deja de ser precaria, por decir lo menos. Los escritores de las minorías de la Unión Soviética procuran enfrentarse a estos asuntos con creciente osadía. Pero pese a todo, y al lado de los peligros demasiado conocidos de la censura y el dominio burocrático, hay en su camino otros peligros ocultos y más insidiosos.

Uno de los derechos humanos más inalineables es el derecho de poseer un pasado, de recordar, de entrar en diálogo con los antepasados de uno. De ahí que los autores minoritarios mejor conocidos, tales como el escritor armenio Hrant Matevossian o el novelista

kirguiz Chingiz Aitmatov, exhiban pronunciado interés en el exotismo, en el pensamiento prelógico, en la "memoria colectiva" concebida en términos casi junguianos. Usando parábolas míticas, imágenes tradicionales que se remontan al pasado pagano, sin nunca evitar resonancias surrealistas, describen a un noble campesino puesto en peligro por la ciudad mala. El poeta lituano Marcelijus Martinaitis, mucho menos conocido pero muy bueno, muestra la sociedad soviética moderna desde el punto de vista de un hombre extremadamente primitivo, una especie de santo tonto que la ve como enteramente ilógica y estrafalaria (como seguramente es). Y Fazil Iskander, representante de una de las nacionalidades más pequeñas del mundo, los abjaces, confronta la "nueva habla" orwelliana con el modo caucásico tradicional, sumamente adornado, creando efectos increíblemente cómicos y del todo intraducibles. Llevan adelante sus propósitos literarios con éxito variable (yo, en lo personal, considero que Aitmatov es un escritor de reputación decididamente exagerada, y a Martinaitis o Iskander como autores muy subvaluados). Pero el propósito esencial es el mismo. Amenazados por la destrucción de la memoria, intentan reconstruir otra conciencia tradicional, una antigua sustancia espiritual que probablemente nunca existió en semejante forma elevada e irreprochable. Es el mismo error que cometen Solzhenitsyn, Rasputin o Astafiev (aun si David, en este caso, como de costumbre, es más atractivo que Goliat). Un viejo mito totalitario que se ha desplomado sin remedio es sustituido por un nuevo mito del suelo natal, de memoria racial, de *Blut und Boden*. Quizá ese nuevo mito sea aún más peligroso, dado que aún es posible creer en él. Nuestra civilización, en el mejor de los casos, está siendo opuesta a una "no civilización" rusioniana y noble. Lo que se olvida es el hecho de que las civilizaciones primitivas son casi igual de conformistas, antiindividualistas y estrechas de entendederas que el totalitarismo moderno, por no decir nada del hecho de que intentar recrearlas es una tarea puramente utópica.

Entre los autores de las minorías, muchos se empeñan en recalcar el carácter distintivo de sus respectivas culturas por todos los medios posibles. Emprenden la búsqueda de sus raíces (finougrias en el caso de Estonia, turcas antiguas en el caso de Kazajstán; un poeta kazajo, Olzhas Suleimenov, promueve un punto de vista un tanto extremista sosteniendo que sus antepasados directos fueron los sumerios). A pesar de los excesos, es éste sin duda un enfoque fecundo. Por desdicha, bajo las condiciones soviéticas sencillamente hay que dedicar demasiada energía a preservar la propia herencia y los propios valores. La cuestión de la identidad étnica es puesta antes que la cuestión de la identidad individual, y con harta frecuencia prácticamente cualquier cosa es considerada moral si promueve la causa de la supervivencia étnica. La lucha de los indios norteamericanos contra su opresor blanco se ha vuelto una metonimia predilecta de muchos autores de minorías en la URSS y toda Europa oriental. Si bien esta propensión puede producir obras de belleza indiscutida, puede asimismo conducir a una "mentalidad de reservación", un provincialismo orgulloso y encerrado en sí mismo, que representa una seudores-

puesta a la problemática moderna. Diría yo que el mayor peligro potencial para las literaturas minoritarias —acaso no sólo en la URSS— es la confusión de problemas *éticos* con problemas *étnicos*.

Está, por último, la cuestión del lenguaje. No hace mucho que apareció en una publicación periódica académica de la URSS un editorial que dividía todas las lenguas del país en tres grupos: las que tenían porvenir (georgiano, armenio, lituano, letón y estonio), las que tenían porvenir limitado (sobre todo lenguas centroasiáticas) y las demás, sin porvenir. Es interesante señalar que el ucranio y el bielorruso no fueron incluidos en absoluto en esta clasificación. De hecho, sólo los escritores bálticos, georgianos y armenios emplean sus lenguas natales con inflexible coherencia. Esto limita el círculo de sus lectores pero tal vez tenga también un efecto positivo: según lo notó un autor estonio, el escritor de una pequeña nación se sentirá menos tentado a comprometer su nivel artístico a causa del posible éxito comercial. Por lo demás, esta estrategia ayuda a conservar la diversidad de lenguas, lo cual es en sí una tarea meritoria. Sólo que puede también conducir a cierto angostamiento de la visión. Los escritores del Asia central o los oriundos de grupos pequeños (como Fazil Iskander), por otra parte, son bilingües o escriben exclusivamente en ruso —a veces incluso ruso refinado—, pero intentan preservar la especificidad de sus conciencias, "atacando la cultura rusa desde adentro", como dice Wiktor Woroszyński. Se aprecia aquí alguna semejanza con los autores asiáticos y africanos que llegan a su público a través del inglés, el francés o el portugués. Semejante estrategia, por afortunada que llegue a resultar, atestigüa desgraciadamente un grado considerable de rusificación y estandarización forzadas.

De suerte que las literaturas de las minorías de la Unión Soviética permanecen en incómodo equilibrio: entre trivialidades y mentiras e intentos de enunciar la indecible verdad; entre menudo realismo y mito; entre conservatismo y noble lucha por memoria cultural; entre la tentación de optar por el ruso como medio y un impulso de preservar la incomparable variedad de lenguas y tradiciones; entre el nacionalismo estrecho y el universalismo; entre el estalinismo, demasiado bien conocido, y la inimaginable democracia —en una palabra: entre el sometimiento y la libertad. Ignoro cómo podría resolverse tales contradicciones, si bien, siendo yo mismo un escritor minoritario, me interesa no poco su solución. Pero tengo por seguro que, en situaciones complejas como estas, de ordinario aparecen algunas obras importantes. Así que —observo— la literatura del Cuarto Mundo no carece, a fin de cuentas, de alguna esperanza.

ACLARACIÓN

El libro de Fabienne Bradu —del que fue fragmento el ensayo sobre Julieta Campos en el número anterior— se titula *Señas particulares: escritora* y será publicado por el Fondo de Cultura Económica.